diez años. El tablado y las escaleras debian forrarse de negro, por que en todo caso, decia el Señor de Emparan, la cosa se debe hacer de una manera decente.

Un sastre construia tres sacos negros y tres gorros para los reos, y estaba contento por que tenia que *meter oficiales*.

Y finalmente los hermanos de la Ilustre Archicofradia del Rosario estaban tambien contentos, por que el difunto proporcionaba un ingreso de consideracion en los fondos.

La *vindicta pública* estaba ya muy cerca de quedar satisfecha, por que á las once víctimas se iban á agregar tres, pero por cuenta de la ley. Los reos empezaban á ser en la Capilla el objeto de esas esquisitas atenciones que la pena de muerte tiene la galantería de concederles, en el lujo de su ferocidad.

Apropósito de palabras, y ya que hemos hablado de la gran palabra *vindicta pública*, nos hemos hecho esta pregunta.

—¿Por qué en aquellos tiempos en que segun muchos hombres doctos habia mas fé religiosa y mas sanas costumbres y una porcion de cosas que ya no hay ahora, la piedad y la caridad cristiana estuvieron tan conformes con la sentencia que no se atrevieron á pronunciar esta palabra: *indulto*.

Efectivamente nada dicen las crónicas á este respecto.

Decididamente esa palabra soltada en medio de indignacion y ante la gran palabra, *vindicta pública*, hubiera hecho un triste papel. Y no por que sea una palabra mala. Tiene títulos de nobleza: es hija legítima de dos palabras de Dios. "No MATARÁS." Esta pobre palabra *Indulto*, de quien nadie se acordaba en aquellos dias á que nos referimos, tiene ya hijas grandes en el Siglo XIX, hijas destinadas á hacer un importante papel en la historia de la humanidad.

Estas hijas grandes se llaman:—PENITENCIARIAS — ABOLICION DE LA PENA DE MUERTE.

CAPITULO XXIX.

EL DIA DE MUERTOS.

El lúnes 2 de Noviembre del año de gracia 1789 fué un dia gris en toda la acepcion de la palabra.

El cielo se habia cobijado desde las doce de la noche con una inmensa colcha afelpada que sudaba frio y dejaba caer lo que el vulgo llama *salesita*.

Mas de cuatrocientas campanas de todos tamaños lloraban por costumbre, cumpliendo con su deber; por que aquel era un dia en que todo el mundo tenia que cumplir con su deber.

Ardian muchas velas en todas las Iglesias y casi en cada altar habia un celebrante; por que los sacerdotes dicen tres misas.

Habia mucha gente en las calles, por que los fieles se proponian oir todas las misas que les fuera posible.

Se daban muchas limosnas, por que á los cepillos de las ánimas se les habia llegado su dia.

Se vendian muchos juguetes muy bonitos representando objetos muy feos.

Y todo estaba revestido del aspecto de la muerte, hasta las golosinas.

Y hasta el estómago se encargaba de la conmemoracion, dijiriendo calaveras de azucar.

Aquel dia de muertos era de mejor calidad que el de otros años; por eso nos ocupamos de describirlo.

A los muertos ordinarios habia que agregar una remesa fresca de la casa de Dongo, y con este ingreso de importancia el dia era mas solemne.

Habia otros muertos en espectativa: Don Manuel de la Rosa, y tres reos en capilla, que esperarian un año y dias su primer aniversario.

El dia de muertos estaba irreprochable. Los encargados de doblar se escedian á sí mismos. Los panteones estaban abiertos *de par en par*. Y el cielo estaba de luto.

Don Manuel de la Rosa se aprovechaba de una magnífica oportunidad: se moría.

No sabemos si sería casualidad, pero se agravó desde los primeros dobles.

Creia que lo llamaban y decia: Ya voy. Habia tenido tiempo de arreglar sus asuntos y se despedia.

Llamó á Isabel para bendecirla, á Doña Mariana para pedirle perdon, y asió las manos del Padre fernandino, por que su contacto engendraba en la mente de Don Manuel una es-

peranza.

Habia en toda la casa esa ala negra que se cierne vaporosa é invisible, vertiendo tristeza: el aura de la muerte penetrába para amortiguar el calor de las velas de cera.

La muerte destacaba sus avanzadas: el silencio. Don Manuel de la Rosa se encontraba comprimido entre dos horrores: el horror de sus pecados y el horror de la eternidad.

Este vestíbulo es espantoso. Todos los nuestros nos abandonan en la puerta....y se despiden....

Y poco á poco y ya casi al tocar el dintel de ese infinito incomprensible, despedirse de la palabra, despedirse de los sentidos, no ver ya; no oir, no sentir y convertirse en idea.....en soplo.....abstraerse, sustraerse en sí mismo para confundirse en lo impalpable.....Allá vamos.....

.....

Al ver este estado del hombre, Dios se sintió enternecido y le envió la religion.

Y al través de un triángulo esplendoroso, vé el hombre desde entonces el mas grande de los deslumbramientos, la mas sublime de las esperanzas.

Solo el inmenso prodijio de la religion, ha sabido arrancar al moribundo una sonrisa.....

Don Manuel de la Rosa espiró á las doce del dia. La consternacion se solazaba en un gran consuelo. Don Manuel habia muerto como buen cristiano. .....

.....

El Licenciado Verdad tuvo largas y juiciosas conferencias con Margarita, con el ánimo de desimpresionarla lentamente acerca del valimiento de Aldama.

Merced á este noble interes, el Licenciado habia tomado nota de la conducta de Aldama, y poseia la clave de todas las aventuras y de todos los crímenes de este desgraciado.

Pero no sin razon pintaron ciego al amor; por que el de Margarita resistia aun al completo desprestigio de su amante. Aquella creacion hechicera que avasalló á Margarita, aquel hombre lleno de un atractivo irresistible, que un dia le ofreciera su amor, al ofrecerle el agua bendita, aquel bello amante de las bellas manos, conservaba aun en el corazon de Margarita todo el ascendiente y todo el hechizo de la pasion. La elocuencia del Licenciado no conseguia mas que hacer de Aldama un ser doble, que Margarita amaba y juzgaba al propio tiempo.

El amante era el ser querido, fantástico y rodeado del encanto del amor: al hombre lo separaba Margarita al oir de boca del Licenciado el funesto relato de su odioso proceder.

Tal es el corazon de la muger, que cuando ama deveras le presta las alas de los ángeles á los mónstruos mas aborrecibles.

El amor de Margarita era tanto mas firme, cuanto que ni lo que hacia á Aldama odioso lo debilitaba.

A las doce del dia, en los momentos en que espiraba Don Manuel de la Rosa, Margarita recibia la noticia de que los asesinos de Dongo eran Aldama, Quintero y Blanco, y que segun todas las probabilidades serían ahorcados.

El dolor de Margarita no conoció límites, pasado el primer momento de atonía, pretendió correr en busca de Aldama, y la resistencia que se le opuso en la casa del Licenciado la exasperó á tal grado, que se vió formalmente acometida de un acceso de locura bien peligroso.

La pobre huérfana recibia el postrero, el mas tremendo golpe, en todo lo que le era mas caro en este mundo.

La imágen de Aldama en el cadalzo era el espectro martirizador de aquel cerebro debilitado por estraños y precipitados padecimientos.

Aquel dia de muertos habia sido fecundo en acontecimientos, y la poblacion entera estaba de tal modo conmovida, que no se oia por todas partes sino relatos de lúgubres y terribles escenas contribuyendo no poco á exaltar mas y mas la imaginacion de los mas indiferentes el incesante clamoreo de las campanas que rogaban por los muertos.

Margarita fue atendida en el acto por los mejores facultativos, pero nada habia podido avanzarse por que la enferma rehusaba toda medicina, y despedía á todos los que se le acercaban.

En la pieza en que estaba Margarita, habia varias personas agrupadas hácia un estremo, en esa actitud de retraimiento y dolor que toman los que rodean á un ser cuya razon se estravía.

De repente, Margarita se lanzó al grupo, y tomó de la mano á un jóven que allí estaba.

—Venga usted aca mi querido doctor y amigo, siento mucho que no me haya usted reconocido, dijo Margarita. ¿Es usted tambien ingrato? Yo no soy ingrata, me acuerdo de que usted me salvó la vida, para que pudiera seguir amando á mi Felipe.....

Aquel jóven, como lo habrán pensado ya nuestros lectores era Cárlos, que acababa de traer al Licenciado Verdad la noticia de la muerte de Don Manuel de la Rosa.

Cárlos bajaba la cabeza sin saber que contestar á Margarita.

—No me responde, continuó esta. ¿Ya no me conoce usted Cárlos,amigo mio? Ya se vé, debo estar muy fea.... por que las penas afean.

—Margarita, yo no la he olvidado.

—¡Será cierto! dijo esta con una espresion de indecible alegría.

—Sí, Margarita, y aquí estoy otra vez para curarla si se enferma.

—Enfermarme! Nó, yo no me enfermo, y luego en voz muy baja dijo al oido de Cárlos:

—¿En donde está Felipe?

Cárlos guardó silencio.

—Respóndame usted, por Dios ¿en donde está?

—¿Muy lejos?

—¡Ah que felicidad! ¿Por qué pensaría yo en que lo iban á matar? Yo quiero verle. Pida usted permiso al Señor Licenciado para que le vea, nada mas un momento, en presencia del Licenciado mismo. Nada mas le veo, no le hablo no le digo nada....nada....

Señora gritó derrepente, viendo entrar á la Señora Doña Rita; Señora, ¿quiere usted pedir el permiso para que le vea?

Pero si no está aquí, Margarita, dijo Cárlos.

—Pero iremos adonde esté, ¿no es verdad Señora? usted me ha dicho que es mi madre, y las madres no martirizan á sus hijas aunque estas hijas sean tan malas como yo. ¿Vamos Señora? ¿Vamos madre mia?

—Sí Margarita, vamos, pero es preciso preguntar al médico si puede usted salir.

El médico de la casa se acercó.

—¿No es verdad, Señor doctor, que puedo salir?

El médico habia estado haciendo su combinacion y contestó con naturalidad.

—Es necesario ver primero cómo está la salud.

—Muy bien, perfectamente, se apresuró á decir Margarita.

—Veamos el pulso.

Margarita alargó su mano ardiente.

—¿No es verdad que estoy bien, Señor Doctor? dijo al cabo de un momento.

—Pero siempre es necesario tomar esa bebida por pura precaucion.

—La tomaré, dijo Margarita, y apuró de un sorbo la pocion que antes habia rehusado tomar.

—¿En seguida puedo salir? preguntó.

—Si Señorita, pero sugetándose á las prescripciones.

—A todo, á todo, dijo violentamente.

—Voy á ordenar que dispongan un coche, dijo el médico. Entre tanto usted espera sosegadamente y tomando sus medicinas.

—Todo lo haré, contestó Margarita.

Y cedió efectivamente á las indicaciones de la Señora Doña Rita que la invitó á recogerse, ofreciéndola avisarle la hora de partir.

Y las personas que allí estaban salieron silenciosamente de la habitacion.

El médico aconsejó que, aprovechándose de aquella calma de la enferma, se la trasladara fuera de la Capital mientras pasaba la ejecucion de Aldama; y el Licenciado Verdad dis-

puso en el acto trasladarse á la Villa de nuestra Señora de Guadalupe en donde permanecería la familia el tiempo que fuese necesario para la curacion de Margarita.

Efectivamente, en la misma tarde de ese dia se trasladó la familia del Licenciado Verdad á la Villa, acompañados del médico de la casa y llevando las medicinas que juzgó necesarias.

Margarita reanimada con la esperanza de ver á Aldama se prestaba á todo lo que se la ordenaba.

Se la hizo creer que Aldama iría á la Villa de un momento á otro, y se combatió por cuantos medios fueron posibles la idea de la prision, atribuyéndola á un pasajero delirio...

.....

Un momento despues de aquel en que Teodora habia desaparecido de la vista de Quintero, esta se apoyó en una pared y se inclinó para sentarse en una puerta á tiempo que Manolo se le reunia.

—Está el puñal mojado, ¡Tia!

—Estoy herida; ven, socórreme.

Manolo procuró levantar á Teodora, pero no pudo.

—Tiene usted mucha sangre, Tia.

—Sí; mucha, dijo Teodora con una voz que se debilitaba; pero acertó á poner una porcion de su propia ropa en forma de compresa sobre su herida. Ve á buscar agua y vuelve pronto.

Y Manolo echó á correr como un perro, fijando su atencion á todos lados por si veia luz al través de alguna puerta. Tocó una que le pareció una tienda; pero no quisieron abrir. Tocó en otras dos y no le contestaron; pero á pocos pasos se abria delante de Manolo la puerta de una accesoria que arrojó á la calle un rayo de luz, y una vieja se asomaba para tirar agua súcia.

—Señora, dijo Manolo con voz plañidera ¿me hace usted la caridad de darme una poca de agua?

—¿Agua á estas horas, murmuró la vieja, ¿no ves que es agua sucia?

—Tengo mucha sed.

—Pues espera un poco.

Y la vieja arrojó la agua de su trasto á lo largo de la calle. Entró y á poco volvió trayendo un gran jarro con agua limpia.

—Bebe, dijo á Manolo.

Este se acercó el jarro á la boca, pero fué para echar á correr.

En un momento estuvo al lado de Teodora á quien encontró mas desfallecida, pero pudo tomar algunos tragos y en seguida hizo que Manolo rasgase el vestido de Teodora para hacer una venda. Teodora tenia una herida en medio del pecho, Manolo la vendó y puso sobre ella un haz de trapos mojados.

Despues de una hora, emprendieron su marcha: tenian que atravesar toda la ciudad y hacian una parada de algunos minutos en cada calle, que aprovechaban para mojar los trapos que cubrian la herida y para descansar en alguna puerta. Cerca de las cuatro de la mañana llegaron á la Candelaria de los Patos.

El dia de muertos, que como hemos dicho ya, fué fecundo en acontecimientos, á la hora en que Margarita caminaba hácia la Villa de Guadalupe, Manolo llegaba á su casa á participar á Teodora la muerte de Don Manuel de la Rosa, la lo-

cura de Margarita y la probable ejecucion de Aldama, Blanco y Quintero. Tambien para Teodora fué aquel un dia horrible.

—Hay mas, ví á Juan el negro y me contó que aquel viejo que vimos muerto de hambre, es un bandido habanero ladron, incendiario y prófugo de presido y que se llama Pedro Nu ñez.

—¡Basta! esclamó Teodora, presa de una emocion desgarradora, que en el estado de debilidad en que se encontraba, la hizo desfallecer, tomando su semblante una espresion cadavérica.

El mismo dia 2 de Noviembre, no obstante estar declarado dia clásico, se siguió el curso de la causa, produciendo los reos sus pruebas sobre la identificacion de sus ejecutorias de nobleza, con tres testigos de asistencia, diligencia que terminada, no dejó duda á cuantos presentes vieron y entendieron que aquellos tres mónstruos eran verdaderamente nobles.

Los tres reos, ya frente á frente de la muerte, declararon en descargo de su conciencia, Aldama ser el autor del asesinato cometido en la persona de un mulato criado de Samper, por robarle, como le robó, mil pesos de su amo.

Quintero confesó haber matado á un pasajero, en Campeche por robarle seiscientos pesos.

Y segun la causa instruida á Blanco, resultó que el año de 87 fué procesado por cinco robos, y confesó haber robado al Señor Azcoiti cinco mil pesos, y mas de tres mil en Guanajuato, que habia sido ya condenado á cinco años de prision en Puerto Rico, y siendo en la actualidad prófugo del presidio de San Juan de Ulua.

CAPITULO XXX.

EL DRAMA DE LA LEY.

El miércoles 4, despues de relatada la causa y prévios todos los requisitos legales, se pronunció la sentencia reducida á lo siguiente:

"Hecha la relacion acostumbrada de los exesos y delitos de los reos, hallaron que eran de condenar y condenaron á que de la prision en que se hallaban los reos, salieran con ropa talar y gorros negros, en mulas enlutadas, á son de clarin y voz de pregonero, que manifestase sus delitos por las calles públicas y acostumbradas, y llegados al suplicio se les diese garrote, poniendo el baston y armas á la vista del público, y verificada la ejecucion, se destrozacen y rompiesen

por mano de verdugo, separándoseles las manos derechas, que se fijasen dos en dos escárpias, donde habian cometido los homicidios, y la otra donde se halló el robo, en la parte superior de la pared, todo con ejecucion, sin emcargo de suplicacion y de la calidad; y que el dinero depositado y demas del robo, se entregara á la parte de la Archicofradía heredera como se ejecutó, y esta sentencia fué dada presente el Señor fiscal."

Como se vé, esta sentencia no dejaba nada que desear; pues estaba compuesta de ingredientes que, mesclados con la muerte, entre otras cosas, era una exelente tisana, capaz de satisfacer á la susodicha vindicta pública, por exijente que fuese.

Esta sentencia tenia su poco de befa, de escárnio, y de vergüenza, con su divertido paseo en mulas con gualdrapas negras, su parte de ridículo carnavalezco con sus gorros y camisones, que los reos llevarían á fuer de nobles; su acompañamiento de clarin y pregonero, para matar hasta con los sonidos, su parte cómica por el trajín de los verdugos rompiendo aquel baston, criminal como cualquiera, y su parte horripilante en fin de mutilacion de miembros humanos.

El pueblo iba á presenciar un espectáculo muy entretenido y edificante, en nombre de la ley y del derecho.

Y por si no fuere bastante hacer todo lo que se pensaba, se obligó á los reos á oir de rodillas aquella acabada pieza de ferocidad legal.

Los reos, asidos por la muerte, habian casi envejecido; y oyeron la sentencia asidos por su parte á los padres fernandinos, que procuraban inspirarles valor y resignacion.

El Escribano Luzero, era el plenipotenciario de la muerte:

acabó de leer é hizo pasar á los reos á la pieza destinada para servir de Capilla, en la que fueron colocados, haciendo divisiones con biombos.

El dia siete por la mañana entró el teniente de corte y demas ministros de justicia, y tras ellos los hermanos de la caridad, con grandes escapularios.

El teniente pronunció estas palabras:

—Ya es, hermanos, la hora de ver á Dios.....

.....

Renunciamos á describir á los reos en este instante, aunque creemos que este instante es la mas enérjica reprobacion de la sentencia de muerte.

Los hermanos de la caridad vistieron á los reos que salieron de la Capilla, acompañados de multitud de eclesiásticos y de aficionados á estos cortejos.

La plaza estaba literalmente cubierta de gente, los balcones y las azoteas estaban coronadas de espectadores y muchos coches se mesclaban en aquel mar de cabezas.

El pregonero era Filomeno, el cochero, afecto á saber de todo y á conocer todos los oficios y decia que se habia prestado á gritar solo por tratarse de sus amitos.

Entre los coches habia uno ocupado por Teresa, Catalina, Plácida y Domiga vestidas de negro y llorosas. Era el coche azul de Filomeno.

Manolo estaba tendido sobre el techo de este coche.

El fastuoso paseo duró por las calles, hasta cerca de la una, hora en que llegaban los reos, los sacerdotes y los hermanos de la caridad al pié del cadalzo.

Quintero tenia la preferencia, subió el primero y se colocó en el palo de enmedio.

Despues subió Aldama y se colocó en el derecho y Blanco en el izquierdo.

Y se formaron tres grupos simétricos para que la muerte no tuviera de que quejarse.

Cada reo era auxiliado por dos sacerdotes: detras de cada reo habia un verdugo.

La multitud se codeaba, formaba oleadas, se volvia ojos, devoraba á los reos, y aquel mar de furor y de estúpida curiosidad estaba formado de hombres.....

Se contempla con avidez todo lo que parece increible.

El público se impacientaba, se sofocaba de insolacion y de crueldad. Todavia no morian....¿tardarían mucho?

Algunos creyendose caritativos, "decian vale mas que los maten pronto."

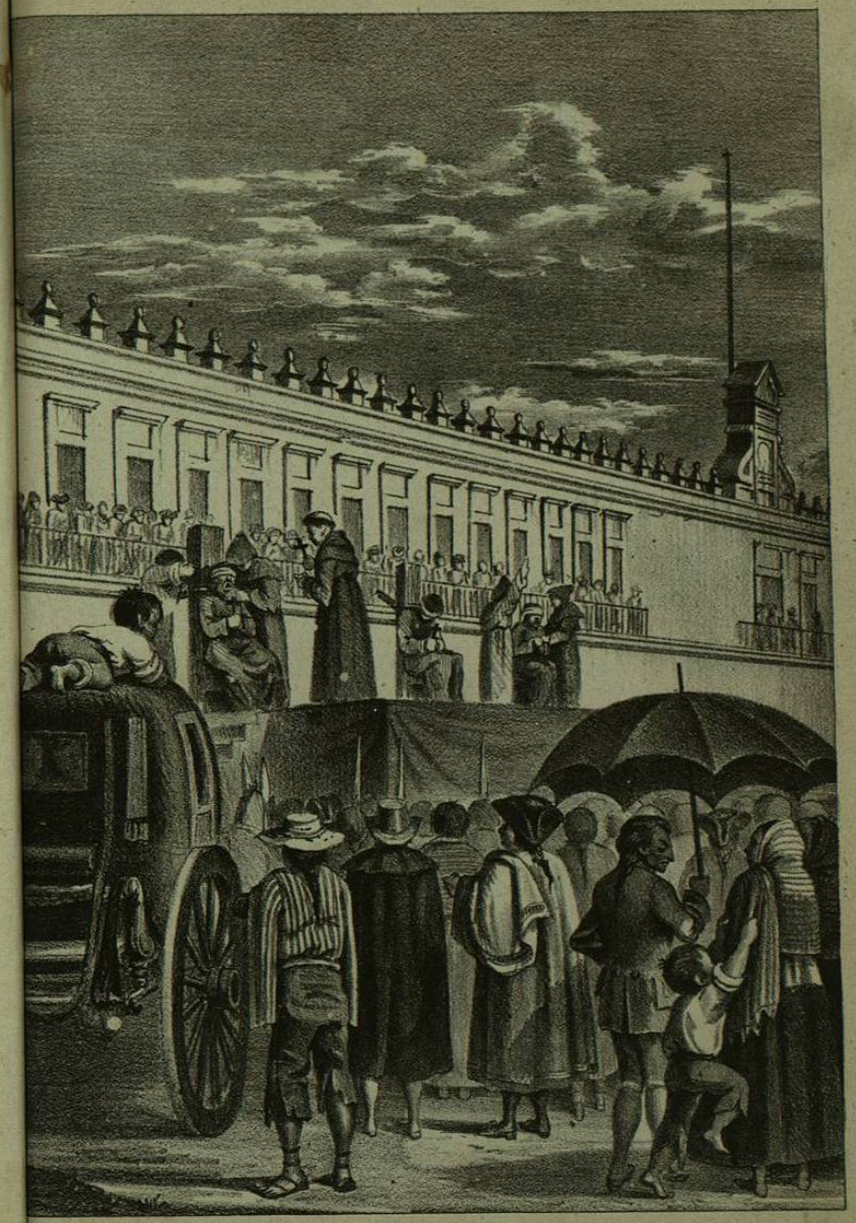
Aquel mónstruo de siete mil corazones y siete mil cabezas, que para no llamarse en aquel momento *hombres*, se acomodaba el pomposo seudónimo de vindicta pública, vio por fin lo que queria.....la convulsion final, no perdió un detalle, un movimiento, un gesto.

Ningun animal ve matar á otro, impasible, solo el hombre.

Las almas de los reos salieron pronto con el dolor supremo de la muerte, dejando en aquel palco negro con sus despojos inertes, el lúgubre reproche de las víctimas.

Terminado el drama y por complacer á los concurrentes, se dió como pieza final, una amputacion en frio y la destruccion de los machetes y el baston.

La multitud volvió la espalda satisfecha. Los cadáveres permanecieron en su sitio de órden superior, hasta las cinco de la tarde, hora en que se trasladaron á la Capilla de los



El drama de la ley. (Nov.e 7 de 1789.) pág. 574.

Talabarteros y allí permanecieron hasta el domingo siguiente en que fueron conducidos á la Parroquia de la Santa Veracruz, en donde los hermanos celebraron honras, con misa cantada por los Padres Fernandinos, costando todo, segun la crónica, doscientos veintisiete pesos.....

.....

Estamos á 14 de Noviembre de 1789.

Hacía tres dias que Margarita iba al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe acompañada por la Señora Doña Rita. Allí permanecia largas horas arrodillada, anegándose en los dulces consuelos de una oracion sincera y ardiente. Desde que Margarita habia vuelto á la razon habia manifestado deseos de acabar su vida en un claustro. Hízole ver el Licenciado que aquella resolucion podia ser hija de sus padecimientos actuales, y que podia tal vez con el tiempo arrepentirse: pero Margarita se fijaba cada vez mas en su propósito.

—¿Adode iré, decia, sin corazon, sin honra y sin consuelo? el mundo me señalará como un despojo despreciable. Necesito ocultar mi vergüenza para siempre y pedir á Dios por todo el resto de mis dias que me perdone y que perdone á..... quien ya está allá....

El Licenciado cedió con la esperanza de probar en el noviciado la constancia de Margarita y arregló la toma de hábito, corriéndose todas las diligencias conducentes.

El dia 14 de Noviembre, un inmenso concurso llenaba la nave del templo de la Concepcion. Acababan de llegar dos coches conduciendo á la monja y á la madrina que, ataviadas esplendidamente, se habian ocupado en la mañana, de la despedida del mundo.

La plazuela de la Concepcion estaba tambien llena de gente y de puestos de vendimias. El pueblo atraido por la novedad del *monjío* habia acudido á divertirse, á comer golosinas y á ver el *castillo* que se debia quemar á la oracion.

La ceremonia religiosa tuvo lugar con toda la pompa magestuosa que la Iglesia católica sabe dar á esos actos. Una orquesta de los mejores profesores mesclaba sus acordes con las sonoras voces del órgano. Los espectadores estaban conmovidos al contemplar la noble hermosura de Margarita, en cuyo semblaute habia quedado impresa la huella de un dolor profundo.

Aquellos grandes ojos negros de miradas de reina se

abrian para dirijir un mirada llena de uncion piadosa al ara santa, ó se bajaban hácia la tierra con el peso de una resignacion grave y melancólica. Vió sin conmoverse caer de su cabeza las blondas y sedosas trenzas de sus cabellos; vió desaparecer serena las galas y las joyas con que estaba ataviada y aceptó con la fé del mas positivo bien el tosco sayal que la vistieron las monjas. Se abrió por fin la puerta del coro y la comunidad de religiosas, con vela en mano, la esperaba formada en dos alas. Allí se despidió por la última vez del mundo y oyó cerrarse tras de sí las pesadas puertas, ya en el seno de la Iglesia, de donde ya no saldria mas que su espíritu.

Estaban presentes entre los fieles algunas gentes á quienes les era menos indiferente aquel acto.

Doña Laureana lo habia visto todo; pues en la Villa de Guadalupe tuvo ocasion de saber la resolucion de Margarita, y sin darle la cara, habia podido presenciar aquella ceremonia, no sin reprocharse interiormente haber sido ella la que sacó á Margarita hacia algunos años de la casa de Dongo.

Dolores, la segunda criada de Margarita, y que habia quedado en Palacio al servicio de la cocina del Virey, habia pedido permiso para ir al monjio y habia saludado de lejos á Margarita, llorando á torrentes.

Cárlos, Doña Mariana é Isabel de rigoroso luto, habian presenciado tambien la ceremonia.

A las siete de la noche, solo Jacoba la coja habia quedado pidiendo limosna, como siempre, en el átrio de la Iglesia. Mas tarde la plazuela de la Concepcion se habia envuelto en las tinieblas, sin quedar ningun rastro de la pasada fiesta.

CAPITULO ULTIMO.

LA AURORA BOREAL.

El cielo estaba azul y tachonado de estrellas.

El silencio reinaba ya por todas partes.

A las siete y media un ligero vapor blanquecino comenzó á aparecer por el N. E.; este vapor iba haciéndose luminoso y poco despues aparecieron, como seliendo del centro de la tierra, unas ráfagas que partian de un inmenso foco de luz.

A poco se coloreó la zona luminosa con un color rojo, á tiempo que comenzó á levantarse de la Ciudad un rumor sordo en todas direcciones, como el de muchos enjambres que se despiertan La luz crecia en el horizonte é iluminaba gran parte de bóveda celeste, amenazando invadirlo todo

con aquel resplandor color de sangre, en cuyo fondo se destacaban rayos concéntricos de un color amarillo y chispas ambulantes que vagaban entre vapores negruzcos y rojos.

Mas de cien mil almas pululaban en aquellos momentos por todas las calles de la ciudad y corriendo en todas direcciones pretendian librarse de aquel fuego celeste que amenazaba convertir la ciudad en cenizas.

La confusion iba creciendo y la ciudad se despoblaba á los gritos de "¡Misericordia! ¡el fin del mundo! ¡está lloviendo fuego! ¡nos abrasamos! ¡Perdon, Dios mio, Misericordia!"

Este era el clamoréo, este el coro de cien mil voces, debajo de aquel horno inconmensurable, en que se habia convertido la bóveda celeste.

Como las manadas brutas de los desiertos, inmensos pelotones se precipitaban por las calles para salir de la ciudad y buscar el campo.

"A la Villa de Guadalupe:" gritaban muchos, y entre ayes, quejidos, gritos de desesperacion y llorar de muchachos y mugeres, se oian las revelaciones de los pecados, el horroroso relato de crímenes ignorados y sobre los que nadie fijaba la atencion.

"¡Pequé Señor, ten misericordia!"...se oia gritar por todas partes; los padres agustinos salieron á la calle mostrando al Divinísimo, y á los gritos de horror y al confesarse á gritos, se mesclaban algunas carcajadas y burlas de los que sabian á que atenerse en materia de luces rojas.

El Conde de Revillajigedo mandó fuerza armada á las garitas á contener al pueblo que se desbordaba, pero todo era inútil; muchas veces la multitud arrollaba á los dragones, pues se precipitaba hasta contra los sables desnudos.

Algunas personas, y entre ellas el Licenciado Verdad, se ocupaban de tranquilizar á algunos de los prófugos, esplicándoles que aquello era un fenómeno conocido que se llamaba *aurora boreal*, y que ningun perjuicio les causaria; pero pocos eran los que estaban para esplicaciones, y la gente seguia corriendo en direccion á las garitas y á los potreros.

Manolo acababa de llegar á la casa de Teodora gritando:

—¡Tia Teodora, Doña María, que se acaba el mundo, se está quemando el cielo, Tia Teodora!

Esta saltó del lecho en que yacía débil y postrada, y se precipitó á la calle seguida de Doña María; solo que en vez de tomar hácia los potreros, tomaron la direccion de la ciudad hácia el lugar por donde venia el tumulto.

Perplejas y azoradas se pararon en medio de la plazuela de San Lázaro, y á poco vieron venir hácia ellas, una verdadera avalanche, una multitud desenfrenada y gritona, que atropellaba todo á su paso.

Pasó aquella oleada que dejó muy mal paradas á las dos mugeres, vino otra, y Teodora quedó sola, habia caido y sobre ella pasaban los que huian.

María y Manolo, habian desaparecido. A pocos pasos de Teodora, estaba un negro asiendo del cuello á un anciano y blandiendo un enorme puñal.

—¡La justicia de Dios ha llegado, maldito! gritaba el negro. ¡Pedro Nuñez, asesino de mis padres, incendiario y ladron, que el infierno se abra para tí!

Y un gemido horrible se escapó del pecho del anciano.

El negro siguió la carrera de la multitud. El anciano se levantó penosamente, andubo algunos pasos vacilante y tropesó con Teodora. Esta sintió caerle encima el cuerpo del

anciano.

—¡Pedro Nuñez! gritó la bruja. La justicia de Dios ha llegado para tí. Reconoce á Teodora....

—¡Teodora!.....dijo el anciano luchando con la muerte.

—Dime, miserable asesino, en ¿donde está mi hijo?

Pedro Nuñez estaba espirando.

—No mueras sin decirme en donde está mi hijo; dimelo y te perdono.

—El anciano haciendo un poderoso esfuerzo, dijo con voz cavernosa.

—Se.....lla....se llama.....

Teodora se acercó al oido del anciano por que su voz era apenas perceptible.

Teodora sentia á su vez un desvanecimiento estraño.

Aquellas dos figuras moribundas, se revolvian como una masa informe en abundantes chorros de sangre.

—Habla, murmuró Teodora haciendo un esfuerzo.

—Se lla....maba Don Baltazar....Davila....y Quintero....

Un grito horrible, desgarrador y postrero, resonó entre el clamoreo del populacho.

Y Teodora dejó caer su rostro frio sobre la frente rijida del muerto.

La reciente herida de Teodora se habia abierto para aumentar el lago de sangre en que espiraron los dos esposos.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE.

Libro Primero.

DISIPACION.

CAPITULO I.—En el que el lector hace conocimiento con los cuatro primeros personajes de esta verídica historia..... 7
CAPITULO II.—Los amores de Don Felipe..... 23
CAPITULO III.—En que se prueba que de los gallos se suele pasar á las gallinas..... 25
CAPITULO IV.—En el cual verá el lector cuan cierto es el refran de que "el que de santo resbala...."..... 45
CAPITULO V.—La primera borrasca y la primera aurora..... 57
CAPITULO VI.—El docto y Reverendo Padre, Fray José de la Purisima Concepcion..... 66
CAPITULO VII.—Oros, Copas y Espadas..... 72
CAPITULO VIII.—El murciélago es agorero segun Doña Laureana..... 94
CAPITULO IX.—El milano y la paloma..... 106
CAPITULO X.—¡Una poca de agua!..... 118
CAPITULO XI.—¿En donde está mi hijo?..... 128
CAPITULO XII.—En el que se vé que la desgracia tiene no poca parte en la educacion de las brujas..... 140
CAPITUOL XIII.—En el cual verá el lector, entre otras cosas, que Don Manuel sentia algo en su interior que no podia ser otra cosa que el *Pecado del Siglo*..... 150
CAPITULO XIV.—En el que el lector conocerá algunos efectos del *Pecado del Siglo*..... 160
CAPITULO XV.—Doña Mariana comienza á poner en juego sus grandes resortes..... 172
CAPITULO XVI.—La infamia como el humo llena de ollin el lugar por donde pasa..... 184
CAPITULO XVII.—En el cual se inicia el lector en algunos secretos de las brujas..... 194
CAPITULO XVIII.—Una lámpara que se acaba es como una vida que se pierde..... 210
CAPITULO XIX.—En el que se complica la situacion de nuestros personajes..... 220
CAPITULO XX.—La Fuga..... 234
CAPITULO XXI.—Plácida..... 248
CAPITULO XXII.—El Señor Don Leoncio..... 260
OAPITULO XXIII.—Fantasmagoria..... 272
CAPITULO XXIV.—Horizontes..... 282

Libro Segundo.

EXPIACION.

CAPITULO I.—La paz doméstica..... 298
CAPITULO II.—El Conde de Revilagigiedo..... 302
CAPITULO III.—Aislamiento..... 312
CAPITULO IV.—A desesperados males desesperados remedios..... 329
CAPITULO V.—La risa del ángel malo..... 332